

# TESTIMONIOS HOSPITALARIOS

A painting depicting a religious procession. In the foreground, several nuns are shown from behind, wearing dark, long-sleeved robes and white veils. They are holding tall, thin candles. The background is filled with more nuns, some in white veils and some in dark robes, creating a sense of a large group moving through a space. The overall color palette is dominated by dark browns, blacks, and whites, with a warm, slightly reddish-brown ground.

*Sor Ana Silvia Zarria  
Catarrasi*



***“Su presencia fue un testimonio de verdadera hospitalaria, que mostró ese rostro misericordioso de Dios, ese amor que no tiene límites y es fiel hasta la muerte”***

**Ana Silvia Zarria Catarrasi (1965-2006)**

**Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús**

---



- 1. Rasgos biográficos y vocación**
- 2. Vida Consagrada**
- 3. Reflexiones desde el corazón**
- 4. Hablan los testigos**



## 1. Rasgos biográficos y vocación

Ana Silvia Zarria nació en Merlo, Buenos Aires (Argentina) el 27 de marzo de 1965. Sus padres, Simón y Margarita, la bautizaron en la Parroquia de San Judas Tadeo, en Ituzaingó, el 10 de octubre de 1965. Hizo la confirmación a los 10 años en la Capilla Sagrado Corazón.

### Vocación

Casi toda su formación inicial como religiosa la realizó en la Comunidad Nuestra Señora de Belén en Ituzaingó, Buenos Aires. Profesó el 25 de marzo de 1988 y emitió los votos perpetuos en Cochabamba, Bolivia, el 14 de febrero de 1993.

Estudió bachiller contable, enfermería profesional y cursó el primer año de teología en Roma.

Fue destinada a las Comunidad de Montevideo en Uruguay, a la Comunidad de Chile y la Comunidad de Puntiti en Cochabamba, Bolivia, donde desarrolló la misión al servicio de los niños/as con capacidades diferentes, ancianos y personas con enfermedad mental.

A mediados del año 2000 es destinada a la Comunidad Noviciado en Cochabamba, para realizar el curso de formadores en la Conferencia Boliviana de Religiosos. En esta etapa de su vida comienza a abrazar la cruz. En el mes de septiembre le detectan un cáncer de mama en estado avanzado, se somete a una cirugía de urgencia, a la que posteriormente se sumaron otras, junto a constantes sesiones de quimioterapia, radioterapia y tratamientos farmacológicos, tenía 35 años.

Los largos reposos, derivados de su enfermedad, le impedían asistir con regularidad a la misión con los niños con discapacidad intelectual severa, que tanto quería. En abril del 2005 le diagnosticaron metástasis pulmonar y a finales de ese mismo año metástasis múltiple, con mayor incidencia pulmonar y ósea.

El 22 de febrero del 2006, a las 15:15 horas, se entregó totalmente al Corazón de su amado Jesús, en compañía de toda su comunidad.

## 2. Vida Consagrada

Manifestó durante toda su vida consagrada, muchas actitudes y cualidades positivas que, durante los años de su enfermedad, potenció más aún. Fuimos testigos de su profunda devoción a María, Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, quien le regaló la gracia de imitarla en muchas de sus virtudes, estando disponible para cumplir, con fidelidad, el plan de Dios para su vida consagrada hospitalaria.

Mujer fuerte, laboriosa, sencilla, abierta a la gracia, alegre, orante, contemplativa, obediente, sacrificada, paciente, fraterna, gratuita, confiada, comprensiva y fiel. Una de las cosas que más le asemejaba a María, en el último periodo de su vida, fue el permanecer firme al pie de su propia Cruz y ante la Cruz de todas las personas más cercanas a ella, quienes compartíamos en parte, su dolor. También ella sintió su corazón atravesado por la espada de dolor, experimentando la noche oscura de su enfermedad.

Cada día renovaba con fervor y gratitud su consagración al Señor, gran admiradora de la vida de nuestros fundadores. Respetuosa e intuitiva en el servicio a los enfermos. Empática con las hermanas de la comunidad y con todas las personas que se ponían en contacto con ella.



Tenía un fuerte espíritu de unidad congregacional, que manifestaba en su constante esmero por construir una vida comunitaria más fraterna.

Consciente de ser miembro de la Iglesia, poseía un enérgico sentido eclesial, manifestado en su activa participación en las actividades programadas en la Iglesia local. Tanto es así que, fue miembro del Consejo Parroquial en Cochabamba, llevaba a Jesús Eucaristía a los enfermos del barrio y los animaba a vivir este sentido eclesial. Como agradecimiento a su testimonio de vida consagrada, en la Iglesia local, el presidente del consejo Parroquial junto al Párroco, le dieron el nombre de *"Hna. Ana Silvia"* a la convivencia que los feligreses de la parroquia

realizaban a primeros del mes mayo.

### **Amor a Bolivia y a la comunidad**

Edificante para todas fue el deseo de quedarse en Bolivia durante su enfermedad y en el momento de su muerte. Solo viajó a Buenos Aires, en noviembre del 2005, para someterse a un tratamiento médico y por sus vacaciones.

Durante todo el tiempo que duró su enfermedad mostró una actitud de no molestar a nadie, de no ser gravosa para las demás hermanas, ni para su familia, para evitarnos el dolor y la incomodidad que nos hubieran podido provocar las circunstancias propias de su estado de salud. No midió ningún esfuerzo al respecto. A principios del mes de febrero de 2006, al presentir que se acercaba su final, expresó el deseo de viajar a Buenos Aires para poder estar cerca de toda su familia, ya que no todos ellos podían viajar a Cochabamba, Bolivia. Pero, debido a su estado de salud tan crítico ninguna compañía aérea quería correr el riesgo de trasladarla. Situación que le provocó un gran sufrimiento, pues estaba dispuesta a viajar a toda costa. Finalmente pudo venir su hno. Luis Alberto a visitarla.

En el momento que recibió la noticia de que su familia podía venir, mostró paz y alegría de poder quedarse y recibirlos en Bolivia. Gracias a Dios toda su familia pudo acompañarla, en la comunidad, durante su última semana de vida, tiempo en que gozaron de momentos de intimidad familiar. Regresaron a Buenos Aires el 21 de febrero, sor Ana falleció al día siguiente.

Durante todo el 2005, último año de su vida, a consecuencia de los tratamientos médicos no pudo asistir a sus labores apostólicas en el Colegio de Educación Especial "San Benito Menni", y tuvo que permanecer todo el tiempo en la comunidad. Tomando la situación de forma creativa, concretó su apostolado en el servicio a sus hermanas de comunidad realizando un sin fin de tareas cotidianas como: planchar la ropa, preparar la mesa y la cena, ordenar la casa... También realizó tareas de secretaría, tanto es así que redactó la crónica de la comunidad de ese año y dejó todo listo para ir haciendo la del 2006. Apoyó la formación de las novicias y de la aspirante y preparó el material para la pastoral vocacional.



En ella destacó el fuerte sentido de vida fraterna, actitud que siempre cultivó y se fue afianzando cuando más delicada de salud se encontraba. Siempre compartió los actos comunitarios con el resto de hermanas: las horas de comida, recreos, retiros, reuniones, formación comunitaria... Participando y valorando el perdón fraterno, tomaba la iniciativa de acercarse a disculparse en el vivir diario, además de interesarse por estar informada sobre la misión "incluyéndose" en todas las actividades apostólicas de la comunidad. Nunca se desvinculó de todo lo que implica la comunidad. Siempre estuvo al tanto de todo y de todas, interesándose por lo que sucedía y nos sucedía a cada una.

### 3. Reflexiones desde el corazón de sor Anita

La vida vale la pena vivirla porque es un don de Dios, nada puede detenerla ni condicionarla, es por eso que despertar cada nuevo día es para mí un inmenso motivo para bendecir, porque Él me da la fuerza para vencer todas las dificultades.

Al seguir caminando intensamente con esperanza, dándole a cada cosa la importancia que tiene, descubro con más fuerza que ser agradecida debe ser una actitud en mi vida.

No sé qué ha encontrado Jesús en mí, ya que cada vez la astilla de su Cruz que me da a llevar es más grande. Él desde esa misma cruz me invita a compartir, me acompaña y me ayuda a caminar. Sé que no la merezco pero me siento una mujer privilegiada por esta elección que Dios hace de mi vida, privilegiada porque me invita, de manera diferente, a contribuir en la salvación del mundo.

Sé que este privilegio no lo merezco pero, todo lo que este de mi parte lo haré y lo pondré para que en todo se haga su santa voluntad y Él sea glorificado por sobre todas las cosas.

Necesito tu gracia y tu luz para entregarte mi corazón bien dispuesto. En este adviento te invoco "ven, Señor Jesús" prepara la puerta de mi corazón de tal manera que cuando llames a ella, lo encuentres abierto.

Leyendo las cartas del P. Fundador me detengo en la N° 66. Toda ella, aunque cortita, es como un canto a la cruz: "...en el sufrir con paciencia está nuestra alegría..." y eso es lo que he vivido en estos días, la alegría de recibir con paz, sin miedo, una nueva operación. Al principio me resistí, pero no estaba tranquila y busque en las cartas del P. Menni alguna que me ayudara a vencer la resistencia y encontré este fragmento: "no neguemos nada a Jesús y entonces la alegría inundará nuestros corazones" C. 144. Así fue como me puse en las manos de Dios y todo salió muy bien.

También encontré entre sus cartas esta que dice: "ten confianza en la misericordia de Jesús que te ayudará a llevar la cruz que Él te ha puesto" C.719.

Al profundizar en las cartas del P. Fundador, me animo más a no negarle nada a Jesús, a no querer y poner límites a lo que el Señor quiera de mí.

"Medita lo que Jesús sufrió siendo Dios y Señor y veras como no tenemos razón de quejarnos de nada, ni por nada" C. 756.

"Es bueno dar gracias al Señor y proclamar por la mañana su misericordia" Salmo 91

La vida es un don maravilloso que Dios nos regala y no debemos permitir que nada la detenga, ni la condicione. La Vida vale más y va más allá de las dificultades que, en el camino, podamos encontrar. Acojo la invitación de San Benito Menni a "dar gracias a Dios por todo" C. 16, "demos gracias al Señor por la bondad y misericordia que tiene con nosotros" C. 691.

Siento en mi vida, de manera palpable, la presencia misericordiosa de Dios; que me hace proclamar desde lo profundo de mí ser que soy una mujer privilegiada porque Él me eligió y me llamó, de una manera distinta, a llevar un pedacito de su cruz y así asociarme de manera especial a su obra redentora. Sólo Él sabe que es lo que está redimiendo con este dolor, aunque lo que sí sé es que soy la primera beneficiada. Por lo demás, Él sabe dónde va todo esto que me ha tocado sufrir. A veces le pregunto qué es lo que ha encontrado en mí, para invitarme una vez más a aliviar su cruz, pasándome un poquito a mí. Gracias a Él puedo llevarlo porque me sostiene, me acompaña a caminar. Sé que no merezco esta gracia pero, basta con que a Él le parezca bien para que yo lleve la cruz con alegría y amor.



#### **Carta a las Hermanas**

***“Señor no soy digna... de compartir y llevar una astilla de tu cruz; pero si así te parece bien, eso basta para que yo la lleve con todo el amor y la alegría de mi ser”.***

Queridas hermanas con esta pobre oración deseo compartir con cada una de ustedes, el momento que vivo. Sé que soy la persona menos indicada para escribir ya que no se hacerlo bien, pero en estas líneas relato mi vivir diario en la enfermedad.

No me siento digna de que el Señor me visite, de esta manera tan especial, a compartir su cruz. Creo que tengo el compromiso de ofrecerlo y conseguir, de este momento, el fruto esperado que la voluntad de Dios tiene preparado.

Sé que vivo un momento de dolor, de limitación... pero también sé que hay dolor más fuerte que el mío; lo vemos día a día en tanto conflicto, en tanta gente que no tiene pan para comer y en los hospitales que están cerrados de manera indefinida. Siento que estos dolores son más fuertes que el mío, porque yo tengo el sustento de cada hermana de la Comunidad y de todas las hermanas de la Viceprovincia de Argentina, quienes me apoyan desde la oración y el cariño fraterno. Ver esta realidad me anima a superarme, a hacer el esfuerzo de luchar y no dejarme vencer fácilmente, porque cuando Dios permite algo, algo espera de ello.

Ana Silvia Zarria, hsc.



## Un “desierto diferente”

Durante un periodo de recuperación de su enfermedad sor Ana escribió este testimonio:

Un desierto diferente es como he llamado a este tiempo de enfermedad y dolor, que me ha tocado vivir. Un desierto diferente porque, a pesar de estar rodeada de hermanas, es un tiempo para encontrarme sola frente a Dios en la realidad del dolor, un tiempo para percibir desde lo profundo de mi ser que mi única seguridad está en Jesús crucificado y resucitado.

En este desierto, la fraternidad de todas las hermanas de la Viceprovincia y de la Provincia de Barcelona, así como de las hermanas del Gobierno general, que continuamente me expresan su apoyo, ha sido como “la nube” y la columna de fuego con que el Señor me ha ido guiando para poder unir mi dolor al suyo, poniéndolo en sus manos. Este mí dolor tiene sentido en la cruz y puedo decir, como San Pablo, que *“Dios interviene en todas las cosas para el bien de los que lo aman”* (Rm 8,28).

He intentado ser hospitalaria desde la contemplación, porque tengo la convicción de que cuando una se pone en manos de Dios, la enfermedad no puede hacer perder el sentido de la vida, al contrario, la vida va más allá de los límites que nos pueda poner la enfermedad. Por eso, hoy les puedo compartir que si Dios ha permitido este acontecimiento en mí, ha sido para fortalecer mi fe y para anunciar así su misericordia.

No puedo dejar de reconocer que tuve mis momentos de debilidad, de desánimo, en los que me ayudaba recordar a las hermanas, a mi familia... Al mirar la cruz sentía que desde ella, y a través de ustedes, Jesús me comprendía y me sostenía. También me ha ayudado mucho la experiencia de dolor del P. Benito Menni, su fortaleza y su unión con el Señor en los momentos difíciles, con Él decía *“no quiero tener más anhelo que recibir de mano del Señor todo lo que nos mande, con santa resignación”* (C. 34), y suplicaba aceptar con amor lo que cada día Él me iba pidiendo. También nos dice: *“no negar nada a Jesús, entonces la alegría inundará nuestro corazón”*(C 144). Esto es lo que he intentado vivir en todo este tiempo, tratando de ser un pequeño instrumento en sus manos y repitiendo siempre *“hágase tu voluntad”*, aunque esta sea sufrir las limitaciones y los dolores de una enfermedad.

Hoy me queda decir gracias; a Dios por la vida y por la enfermedad, por todo lo bueno que he sacado de ella, a la Congregación que a través de la Viceprovincia y de la Comunidad de Cochabamba me ha dado todo lo necesario para mi recuperación y así poder estar con ustedes compartiendo mi vida y a las hermanas que han apoyado a mis padres. Que el Señor nos colme de su bendición y, junto con María Nuestra Madre, caminemos unidas al encuentro de Jesús que vive dentro nosotros y en cada hermano que pasa a nuestro lado. Que Él me dé la gracia de servirlo y amarlo con todo el corazón, como dice nuestro padre *“sufriendo todo por amor suyo”*.

## 4. Hablan los testigos

### “SOR ANA, UN TESTIMONIO DE FE Y FRATERNIDAD”

Lo vivido con Anita (Q.P.D.) ha sido un verdadero testimonio de fe y fraternidad, ella siempre pedía por la comunidad, trataba que las dificultades se vivieran desde la fe. Siempre con la mirada puesta en el privilegio que el Señor le hizo, para participar de una astilla de su cruz.

Recuerdo el día que la operaron y el doctor Hernán Berdecio, médico oncólogo, se fue sin poder decir una palabra, muy triste, después de descubrir que padecía cáncer de mama, con metástasis. *¿Cómo se le iba a dar la noticia?*. Aunque el doctor le había adelantado que en caso de ser maligno tendría que retirar toda la mama, dejó dicho que al día siguiente (a las 8 de mañana) me esperaba para conversar con ella.

Ese día le pedí al padre Menni, durante todo el trayecto hacia el hospital, que pusiese la palabra oportuna en mi boca para darle la noticia. Pero mi sorpresa fue enorme, cuando llegué estaba sentada acompañada de dos hermanas que se habían quedado con ella por la noche. Una vez a solas, me dijo, *"me han extirpado todo el pecho ¿no?"*, "sí" respondí temblorosa. Entonces ella me dijo *"Angélica, si el Señor me pide participar de una astilla de su cruz ¿no lo voy aceptar?, no tengas pena, para mí es un privilegio que me haya elegido"*, lloramos juntas con una mezcla de sentimientos. Estoy agradecida a Dios por la forma cómo lo recibió.

Poco después llegó el doctor y al entrar en la habitación, como sor Ana era muy espontánea y graciosa le dijo *"tenía que haber sacado las dos, así estaría todo igual"* y se rio. Ella siempre se tomaba las cosas con humor.

Durante los 4 años siguientes vivió con muchas cirugías, quimioterapia, radioterapia, etc. En este tiempo se fortaleció nuestra comunidad en todos los sentidos, su dolor fue nuestro dolor, sus alegrías fueron nuestras alegrías. De hecho no quiso volver a Argentina, su patria, porque decía *"todo lo he vivido con ustedes, mi cuerpo pertenece a Bolivia"*.

El día de su fallecimiento, las últimas palabras que expresó fueron a María Josefa; la llamaba pidiéndole que la llevara, pedía misericordia. Estando toda la comunidad junto a ella dio el último suspiro. La lloramos mucho, el sacerdote durante la despedida en el cementerio comentó *"¿cómo se querían!"*.

Los momentos vividos los llevo muy grabados en mi corazón, muchas veces su dolor me hacía relativizar las dificultades, pues lo que yo podía vivir no se comparaba en nada a todo su sufrimiento.

Recuerdo con mucha alegría, después de su fallecimiento, cuando visitamos el cuarto donde ella se escapaba en algunos momentos y encontramos un cuaderno con muchas expresiones que ella escribió sobre la astilla de la cruz, me dio la sensación de que había vivido con una santa. ¡Cómo se sentía tan privilegiada de haber sido elegida para participar de una astilla de la cruz del Señor!. Muchas expresiones de la cruz, escritas en cartas de San Benito Menni, las fue reflexionando y anotando sus meditaciones. Hasta ahora la vivo como *"mi ángel"* que cuida de sus hermanas y con mucha más razón de sus hermanas de "tanda". Hoy quedamos solo dos, siendo fieles a la hospitalidad.

Anita ha sido y es un testimonio de mujer creyente, que puso toda su confianza en el Señor. En momentos de dolor, le acompañaba el recuerdo agradecido de ser elegida por el Señor. Su amor a la comunidad, a vivir la fraternidad, fue muy fuerte en su seguimiento al Señor, tenía mucha humildad y capacidad de escucha con las jóvenes, para quienes siempre tenía una palabra oportuna.

Sin duda, su presencia fue un testimonio de verdadera hospitalaria, que mostró ese rostro misericordioso de Dios, ese amor que no tiene límites y es fiel hasta la muerte. ¡GRACIAS ANITA POR ENSEÑARNOS EL AMOR Y FIDELIDAD A LA CRUZ QUE REDIME Y SALVA!

Angélica Flores, hsc.





### **“EL VALOR DE UNA COMUNIDAD”**

Para ella vivir en comunidad era vivir en comunión. Con su palabra oportuna y la alegría de sus bromas, enriquecía nuestra convivencia y creaba comunión.

Nosotras, las hermanas, acompañábamos en silencio todo el dolor de su prolongada enfermedad, dolor que vivía desde la fe con sentido redentor. En la fe y la fraternidad encontró apoyo, defensa y confianza en sus últimos días. En momentos críticos continuó compartiendo con nosotras la mesa y el recreo, dándonos muestra de su esperanza, así como de esquivar todo el peso del dolor y del presentimiento de la muerte ya muy cercana.

Desde su humilde corazón ha brotado en nosotras una gran conciencia de pobreza y una experiencia aún más grande y profunda de su dolor, admitiendo paso a paso la firmeza de la voluntad de Dios en ella, acabando la obra que comenzó.

Dios que nos has llamado a la fraternidad, danos tu ayuda para construirla. Señor, gracias por sor Anita, por su vida ofrecida en servicio de amor, por su entrega y por su fidelidad diaria hasta en los más pequeños detalles.

Margarita Moreno, hsc.

### **“EL ALMA DE UNA MUJER VALIENTE”**

Hoy, doy gracias a Dios por darme la oportunidad de conocer a una mujer que fue valiente frente a la muerte. Una mujer que en la plenitud de su vida, encontró la cruz de la enfermedad, una enfermedad que poco a poco la tomaba entre sus manos y silenciosamente se apoderaba de todo su ser. Una mujer que todos los días tomaba su cruz con mucha humildad, porque dentro de su corazón habitaba el Espíritu de Dios que la fortalecía en cada paso, en cada caída. Una mujer que supo abandonarse, como Jesús, en las manos del Padre. Cuando ella sentía que se le caía la mano derecha, ahí estaba la izquierda para sostenerla... esta entrega fue de total amor y pasión.

Una mujer que irradió paz y serenidad, hasta el último momento de su vida, la paz que inundaba su alma y la serenidad de saberse amada por el Padre. El que se siente amado, no siente temor.

Una mujer que frente a los seres que ella amaba fue fuerte y sencilla. Con cariño les explicaba que en su corazón habita Aquel que lo traspasa todo, y que con toda seguridad podía decir *“Señor, tu eres mi Dios y a ti voy”*.

Sus enseñanzas hablan de comunidad fraterna, de rezar con los salmos de la vida. Acompañó mis primeros pasos por el camino de la formación vocacional. En esta mujer se encontraba el significado de la palabra hospitalidad.

Gracias Sor Anita por enseñarme a decir *“Padre, que se haga tu voluntad y no la mía”*.

Con todo mi cariño, Gloria Miranda Berrios, hsc.